

---

# VIEJAS Y NUEVAS IDEAS DE LA IZQUIERDA

Joaquín Leguina

---



**Hablar de las «Viejas y Nuevas Ideas de la Izquierda» es afán, al menos, pretencioso y más si se pretende expresar en el corto tiempo de una conferencia. El rigor reclama en este caso la humildad. Intentaré, en primer lugar, describir cual es, a mi juicio, el proyecto político del PSOE como importante parte de la izquierda, aquí y ahora, señalando algunas dificultades con las que se enfrenta. En una segunda parte procuraré expresar los ajustes «ideológicos» que se han producido en el seno del socialismo español y las dudas legítimas que la novedosa situación actual provoca entre los socialistas. En último lugar, señalaré algunas ideas que, creo, siguen siendo básicas en el pensamiento socialista en su expresión actual.**

Lo que caracteriza hoy al pensamiento de la izquierda es la conjunción de dos crisis: la económica y la político-ideológica.

La crisis económica a la vista está. De su profundidad y duración dan buena cuenta indicadores y calendarios. Esta cri-

sis no sólo ha afectado a los trabajadores y a sus organizaciones sindicales en su comportamiento diario, sino que todo un modelo —el Estado del bienestar—, defendido con tesón desde los partidos socialistas o socialdemócratas, se ha visto seriamente dañado como oferta social realizable. Ello trae consecuencias políticas que intentaré exponer más adelante.

La múltiple «estampida» del 68 que tuvo sus ejes «occidentales» en Estados Unidos, Francia e Italia, trajo consigo también, al otro lado, la primavera de Praga. No parece exagerado pensar que la invasión de Checoslovaquia enterró definitivamente a la III Internacional, reabriéndose, esta vez en sentido inverso, la crisis que en los años veinte significó la ruptura de la II Internacional, con las consiguientes crisis nacionales de los distintos partidos socialistas.

A partir de 1968 se produce, especialmente en el Sur de Europa, donde los partidos comunistas occidentales mantienen una mayor fuerza social, una «vuelta a los orígenes» del socialismo.

De todas formas la crisis del 68 marca un punto de innovación, es decir, de negación de los dogmas leninistas o, si se quiere, marxistas-leninistas en favor de un pensamiento más vivo.

La crisis económica y su ya citada secuela ejercida sobre el llamado *Estado del bienestar* merece una reflexión algo más detallada.

Durante los años sesenta y setenta, en los países del capitalismo avanzado se da una clara tendencia hacia «expectativas sociales crecientes», en torno a una capacidad, también creciente, del Estado para resolver problemas sociales, mediante la creación de servicios y dotaciones tendentes a compensar situaciones de desigualdad o de injusticia.

---

**A partir de 1968  
se produce, especialmente  
en el Sur de Europa,  
una «vuelta a los orígenes  
del socialismo».**

---

La política socialdemócrata había puesto contra las cuerdas ideológicas y políticas a los defensores de la «mano invisible» que Adam Smith asignara al mercado como mecanismo regulador de la sociedad. El crecimiento de los ingresos, la generalización del seguro de desempleo y de la contratación colectiva pusieron en marcha nuevos mecanismos: el Estado, la patronal y los sindicatos aparecen como los interlocutores a través de cuya negociación se garantiza la estabilidad social, el crecimiento económico y una elevación del bienestar de los trabajadores. Materias cuya regulación se dejaba anteriormente en manos del mercado son ahora objeto de negociación política.

La creciente intervención del Estado en materia salarial supone, a la vez, una politización y una despolitización de las relaciones capital/trabajo. La despolitización de las relaciones inmediatas lleva, paradójicamente, a una politización, en el seno del Estado, de las reivindicaciones laborales económicas. El Estado se aparece a los ciudadanos como el responsable del progreso económico. Cada vez más aspectos de la vida cotidiana se convierten en aspectos de *dominio público*. La frase feminista «Lo personal es político» resume y denuncia la falsa escisión entre lo privado y lo público.

En la situación de expansión económica existente durante la larga posguerra mundial, el *Estado del bienestar* incrementó las prestaciones sociales en respuesta a las reivindicaciones de una amplia gama de movimientos sociales.

Esta dinámica hizo que en el inicio de los años setenta, en los países de capitalismo avanzados, se creara, como ya se ha indicado, un clima de «expectativas crecientes». La crisis, cuyo detonante puede colocarse en 1973 con la brusca subida de los precios del petróleo, y cuyos orígenes pueden detectarse algunos años antes,

trae consigo estancamiento e inflación poniendo a los Estados en una situación de crisis fiscal. De repente el *Estado del bienestar* es incapaz de cumplir sus promesas.

Esta situación general, al inicio de los años setenta, llega a España en el peor de los momentos posibles: con el mismo clima de expectativas pero con un nivel de gasto público, calculado sobre el producto, muy inferior a la media europea, con un sistema de Seguridad Social basculando directamente sobre las cotizaciones, con una economía semiperiférica y, además, con un sistema político débil e ilegítimo. El deseo de evitar la politización de los conflictos llevó, en los años finales del franquismo y los iniciales de la transición, a pactos salariales que en otro contexto político hubieran sido incomprensibles.

La transición política se inicia a partir de 1975 combinando una cultura reivindicativa, adquirida durante el último franquismo, junto a la esperanza de conseguir, en la anunciada democracia, las mejoras sociales que no se alcanzaron antes. A ello se une, naturalmente, la permeabilidad ideológica internacional que hace aparecer en España nuevos movimientos con escasa implantación pero con una innegable presencia.

No parece exagerado decir que en el inicio de la transición las expectativas sociales eran en España no demasiado diferentes a las detectadas en los países capitalistas avanzados. A ello se une una visión del Estado desde la sociedad caracterizada fundamentalmente por la *desconfianza*.

Durante el franquismo, y frente a la realidad de una activa sociedad civil, la esfera política se contemplaba como una farsa. Farsa que se convierte en desconfianza por parte del ciudadano espectador que la contempla. No es difícil deducir

que esta actitud conduce a una cultura política fragmentaria y, en definitiva, al corporativismo.

El primer ejemplo de superación del corporativismo lo ofrece el movimiento obrero con los distintos acuerdos interconfederales, donde los sindicatos defienden los intereses generales de la clase frente a los intereses parciales de tipo corporativo.

La incapacidad de los gobiernos de centro y derecha, que se suceden durante la transición, para ofrecer un proyecto aglutinante político y económico no son sino síntomas de un hecho: la quiebra de la hegemonía de la derecha. Bajo esta perspectiva las elecciones del 28 de octubre de 1982 no representan un simple relevo electoral sino la oferta de «una nueva hegemonía».

Ahora bien, si la característica funda-

**En el inicio de la transición las expectativas sociales eran en España no demasiado diferentes a las detectadas en los países capitalistas avanzados.**

mental de la cultura política española durante la transición es la dificultad de implantación de un proyecto nacional, ¿qué posibilidades existen de establecer una nueva hegemonía liderada por el PSOE?

La primera conclusión a la que pareció llegar el PSOE, bastante antes de las elecciones, fue la de que una hegemonía no es ni sólo, ni principalmente, una cuestión ideológica, sino que supone, antes que cualquier otra cosa, un nuevo consenso.

La vieja tesis marxista de *la clase* como sujeto de la hegemonía política y social es claramente desechada. En segundo lugar, se llega a la conclusión de que es imposible alcanzar el necesario consenso uniendo corporativismo con expectativas crecientes en un caldo de cultivo en que la economía se ha estancado.

Sólo una nueva cultura política «no corporativa», es decir, solidaria, permitirá la penetración de un discurso de austeridad-solidaridad articulador de un proyecto

nacional. Este, sin duda, es el empeño del PSOE, pero a nadie se le ocultan las dificultades de tipo social, político e ideológico.

No haré aquí mención externa a la estrategia de la derecha que, sinceramente, se me aparece petrificada en un intento más obstaculizador que otra cosa. Tampoco entraré en un análisis, que sería prematuro, de la profunda y persistente crisis del comunismo español, crisis que, indudablemente, va a acabar diseñando un nuevo esquema para el conjunto de la izquierda.

Antes de seguir adelante es preciso señalar que el proyecto que el PSOE quiere poner en marcha no pretende ser neutral en el esquema derecha/izquierda. Lo que haya de hacerse debe ser hecho desde la perspectiva de la izquierda.

Pasaré por alto las resistencias al proyecto de «nueva hegemonía» desde la derecha y desde los fuertes reflejos corporativos de numerosas fuerzas sociales.

En el seno de la izquierda la comprensión y el apoyo global al proyecto existe, pero las cosas no son tan simples. Los problemas a resolver tienen, a mi juicio, dos componentes importantes: comunicación y contrapartidas.

A nadie se le escapa que la capacidad de explicación cotidiana de lo que se hace y por qué se hace es extraordinariamente complicada y ello por varias razones: a) por las reticencias que todo ciudadano tiene ante el mensaje del poder; b) por las dificultades o «ruidos» que los medios por donde transita dicho mensaje introducen, y c) porque el mensaje es complejo y frecuentemente de difícil expresión y comprensión.

Piénsese, a título de ejemplo, en tres aspectos claves de la política gubernamental: la política económica, la política exte-

rior y la política de seguridad ciudadana. No puede afirmarse que esas tres políticas hayan recibido, en conjunto, especiales o insalvables resistencias en los medios de comunicación. En algunos casos, como por ejemplo en el de la OTAN, la política del Gobierno se ha encontrado con chocantes unanimidades. En efecto, en meses pasados mientras las encuestas de opinión daban porcentajes muy superiores al 50 por ciento en contra de la permanencia de España en la OTAN, los medios de comunicación apoyaban casi unánimemente dicha permanencia. Estas tres políticas, pese a su «necesidad» tienen, a no dudarlo, dificultades para ser entendidas global o particularmente en el seno de la izquierda por diferentes y conocidas razones.

El segundo problema es el de las contrapartidas: en primer lugar las sindicales. Decía anteriormente que han sido los sindicatos, en especial la UGT, quienes primero han roto el corsé corporativo asumiendo la responsabilidad de un sacrificio generalizado de tipo salarial. Sin entrar ahora en los efectos que tales sacrificios han podido ejercer sobre la inversión y el empleo, es evidente que los sindicatos reclaman contrapartidas a este esfuerzo solidario y ellas tienen un contenido político evidente. Cuando se reclama la democratización interna de las empresas públicas, en definitiva la presencia sindical en la gestión de dichas empresas, se está reivindicando una contrapartida política o, dicho de otra forma, de reparto del poder político. La puesta en funcionamiento del Consejo Económico y Social, aparte de la previsión constitucional, va en esa dirección.

Desde el Gobierno socialista pueden verse con simpatía tales reivindicaciones, pero es evidente que al Gobierno se le

---

**El proyecto que el PSOE  
quiere poner en marcha no pretende  
ser neutral  
en el esquema  
derecha/izquierda.**

---

aparecen como una complicación añadida a la propia acción de Gobierno. En un Estado que se ha dotado de todo tipo de contrapesos: Consejo del Poder Judicial,

Tribunal Constitucional, recurso previo de inconstitucionalidad, leyes orgánicas, Defensor del Pueblo, etcétera, no deja de ser lógico que cualquier «nueva» complicación se perciba con reticencias. No es una valoración de la bondad o maldad de tal posición, señalo simplemente su lógica interna.

El segundo tipo de contrapartidas es de carácter territorial, o si se prefiere, estamos ante la componente territorial del reparto del poder político.

En primer lugar, aparece como una evidencia la necesidad de integrar, en cualquier proyecto general que se quiera viable, a las fuerzas políticas nacionalistas, con una alta representación en importantes zonas del territorio español, portadoras de una concepción del Estado en donde el reparto del poder político es pieza clave.

Es preciso señalar que el conjunto de la izquierda, y en particular el PSOE, ha jugado un papel importante para que la Constitución y los Estatutos de Autonomía recogieran e integraran buena parte de estas ideas. Sin embargo, desde el Gobierno, sin negar tal esquema, se percibe también su puesta en práctica como una dificultad añadida. Insisto en lo dicho anteriormente, no entro a valorar su oportunidad, bondad o maldad, simplemente constato un hecho y señalo su lógica interna desde la óptica de la gobernabilidad del Estado.

Esta dialéctica de las contrapartidas tiene una expresión social o de política general, pero también adquiere sus reflejos en el interior del PSOE. No es preciso disponer de una bola de cristal para prever que el debate ideológico dentro del socialismo español va a tener, si no lo está teniendo ya, las componentes políticas que aquí hemos llamado *contrapartidas*: sindical y territorial.

**Han sido los sindicatos quienes primero han roto el corsé corporativo asumiendo la responsabilidad de un sacrificio generalizado de tipo salarial.**

importante en los últimos años. Por ello, no parece delectación «morosa» el detenernos un tiempo en un breve análisis histórico.

En los Congresos XXVII y XXVIII el PSOE reproduce la vieja polémica de principios de siglo entre *Bernstein* y *Plejanov*. Con Engels casi recién enterrado, Bernstein se había atrevido a decir: «*Lo que se llama ordinariamente objetivo final del socialismo no significa nada para mí, el movimiento lo es todo*». La respuesta del «socialismo científico», representado por Plejanov, consistió en los anatemas de rigor justificados sobre un marxismo esclerotizado y de manual. «Socialismo científico. Si alguna vez la palabra ciencia ha sido degradada a nuevo catecismo, este es el caso», respondió Bernstein.

Esta batalla la había ganado Bernstein hacía tiempo en las socialdemocracias europeas, pero la volvería a ganar muchos años después en España y en el seno del PSOE, aproximadamente en las fechas del Congreso número XXVIII. Lo hizo frente a dos enemigos reforzados durante la clandestinidad.

Los «enemigos reforzados» eran, de un lado, el viejo partido, congelado por la guerra civil, cuyo renacimiento tiene una componente «pablista» fundamental. El viejo PSOE renació tras la clandestinidad con las señas ideológicas del «pablismo». La integración de Prieto y Araquistáin, de Meabe y Zugazagoitia, de Largo Caballero y Besteiro, sólo se sostiene porque, por encima de ellos, se recupera el patronazgo de Iglesias. Iglesias, en su larga vida política, nunca abandonó dos ideas: Guesde y la conciencia sindical, y Guesde chocaba con el revisionismo de Bernstein.

Por otro lado, el nuevo socialismo nacido contra el franquismo, y cuyo arquetipo pudiera ser una persona entre 35 y 45 años en la primavera de 1979, era vicario de una historia personal y de una ideología. Esta gente, por ejemplo, leyó a Frantz Fanon durante la guerra de Argelia y se convenció que la historia estaba del lado de los «condenados de la tierra». La OAS y otras desmesuras de la derecha le habían demostrado lo correcto de sus posiciones. Los Ortega y Unamuno de su juventud dieron paso a la lectura de Lukacs y de Sartre, prefiriendo en éste *Los caminos de la libertad* al *Ser y la nada*.

La revolución cubana, una revolución sin teoría revolucionaria, conocida, quizá, a través de Wright Mills, forma parte, aún hoy, de la cultura política de esa generación. Lo mismo que la guerra de Vietnam, los escritos de Giap o del Ché, la guerrilla latinoamericana desde Camilo Torres a los Tupamaros, *la explosión del 68 y la revolución cultural china*, han sido grandes referentes para esa generación. El 68 representó, en su momento, la posibilidad de la rebelión con un efecto social innegable: salir del «ghetto» para cambiar radicalmente las cosas. Fue un fogonazo de esperanza que, al apagarse, trajo una nueva reflexión y, curiosamente, una precaria y última agudización del leninismo en la izquierda intelectual europea y española.

El maoísmo, con su revolución cultural, también estuvo presente en la explosión del 68. Mao, el «gran timonel», había dejado escrito, entre otras frases propias de Confucio: «El imperialismo es un tigre de papel». Un buen día Nixon visitó, a bombo y platillo, Pekín, y *Le Monde*, otra de las biblias de entonces, tituló a todas las columnas posibles en primera: «El tigre de papel, con el gran timonel». Aquel día, y pese a las explicaciones «a toro pasado» que todo ser pensante suele hacer en sus momentos bajos, algunas es-

camas debieron de caerse a pares de los ojos de muchos creyentes.

La generación posbélica de socialistas leyeron, en buena parte con la fe del catecismo, a Lenin y a Mao-Tse-Tung, y con cierto rigor a Marx, quizá vía Althusser, y a Rosa Luxemburgo. Esa atención hacia la «teoría» iba unida a una práctica política más bien lejana.

A la corta distancia del tiempo cronológico transcurrido y a la larga distancia del tiempo histórico pasado, sigue chocando la rápida adaptación de la dirección del socialismo español al terreno de la «realidad» y su homologación con el nuevo socialismo europeo que renace con pujanza tras las ruinas del proyecto comunista de sociedad. Praga juega su papel —ya se ha dicho— pero también lo juega la quiebra del guevarismo rural y urbano en América Latina.

---

**El 68 presentó la posibilidad de la rebelión con un efecto social innegable: salir del «ghetto» para cambiar radicalmente las cosas.**

---

El caso chileno, la experiencia fracasada de la Unidad Popular, trae consigo también una profunda reflexión sobre la

viabilidad de un proceso de cambio radical dentro del cauce *democrático-formal*. Se llega por entonces a una simple, pero sustanciosa, conclusión: *para avanzar es preciso contar con el sufragio popular y ello implica no ir demasiado rápido, y, podría añadirse, ni demasiado despacio.*

Voy a leer una cita: «La clase obrera no tiene lista una utopía para introducirla por decreto. Sabe que para alcanzar su propia emancipación y, al mismo tiempo, una forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad moderna, en virtud de su desarrollo económico, deberán afrontar largos avatares y pasar por una serie de procesos históricos que transformarán radicalmente a los hombres y a las cosas». La cita no está sacada de un discurso de Felipe González sino de un libro, *La guerra civil en Francia*, cuyo autor es Karl Marx. Como puede verse, no están las cosas tan lejos de los orígenes.

Es preciso reafirmar esto aquí, porque la discusión dentro del PSOE a propósito de la definición «marxista» del partido tuvo caracteres religiosos que hicieron relativamente incomprensible el debate. Negarse a definir al PSOE como marxista no equivale, obviamente, a definirle como a-marxista o anti-marxista. El pensamiento del padre del «materialismo histórico» forma parte, en mayor o menor medida, de cualquier posición política progresista; es más, forma parte de la cultura de este siglo de una forma determinante.

En 1977 el PSOE obtiene algo menos de un tercio de los sufragios, cosa que repite en el 79. Bernstein está listo para ganarle de nuevo la partida a Plejanov, Kautsky, Otto Bauer y tantos otros «renegados» y «filisteos, en el decir leninista, van a reaparecer en el horizonte con pujanza. Entretanto, Régis Debray, un guevarista autor de *Revolución en la revolución*, no oculta sus simpatías por Mitterrand. Ha escrito, para entonces, *La crítica de las armas*, una visión tan lúcida como europea del movimiento guerrillero latinoamericano.

Tres años después el PSOE gana sonoramente las elecciones generales, y el proyecto «felipista» de nueva hegemonía («España necesita una larga pasada por la izquierda», «es necesario que el PSOE gane las elecciones para que España funcione»), empieza a dar sus primeros pasos.

José Ortega y Gasset fue uno de los *dos* filósofos españoles (el otro era Donoso Cortés) que Lukács tuvo a bien citar en su libro *El asalto a la razón*. A Ortega este libro, de obligada lectura para la izquierda española de los sesenta, le dedicaba apenas unas líneas: «El típico anti-demócrata de nuestros días» decía, refiriéndose al autor de *La rebelión de las masas*.

Una de las mejores novelas del anti-franquismo ha sido, sin duda, *Tiempo de*

*silencio*. Su autor, el médico Luis Martín Santos, fue con Amat, Múgica, Redondo y Rubial, representante del nuevo socialismo vasco durante el franquismo tardío. En la citada novela hay una escena en la que un filósofo, sin lugar a dudas se trata de Ortega, se dirige a un auditorio de «señoras con pieles» a quienes hace una demostración de «elegante vaciedad»: «¿Ven ustedes esta naranja? —pausa—, yo también la veo —pausa—, pero la vemos —gran pausa— desde distinta perspectiva», dice el filósofo en la novela de Martín Santos. «Muy conocido en las universidades alemanas de provincias», adjetivaba el narrador refiriéndose al filósofo al hilo de la acción. En los bajos del local donde el filósofo diserta hay un baile en el que el pueblo llano, ajeno a tales sutilezas, retoza.

Pues bien, si en los últimos tiempos ha habido un «revival» mayor que el de Machado, éste ha sido el de Ortega, que, sin ser obra exclusiva del socialismo, ha sido propiciado y apoyado desde el Gobierno actual sin reticencia alguna.

He puesto el ejemplo de Ortega por no referirme a cosas más pedestres o inmediatas y porque, en definitiva, la integración en el proyecto actual del PSOE de lo que representó la Institución Libre de Enseñanza y el viejo republicanismo, con D. Manuel Azaña a la cabeza, era condición indispensable para dar amplio contenido a un proyecto nacional de progreso.

Sin embargo, ya se ha dicho, este proyecto tiene otras raíces ideológicas que no pueden obviarse. El PSOE no florece sobre la nada sino que es deudor de una historia (con mayúsculas y con minúsculas) y una forma de entender el mundo.

Cuando Bernstein dice que «el movimiento lo es todo» no se refiere al movimiento hacia cualquier sitio, sino del movimiento hacia adelante, o, dicho con más precisión, hacia lo que el socialismo ha

**La discusión dentro del PSOE a propósito de la definición «marxista» del partido tuvo caracteres religiosos que hicieron relativamente incomprensible el debate.**

entendido siempre era ir hacia adelante. Movimiento hacia adelante que tiene objetivos a corto, medio y largo plazo, y que siguen consistiendo en la libertad y la liberación de todas las clases; en suma: la igualdad dentro de la libertad individual y colectiva.

Pese a lo que la derecha, privada del Gobierno, proclama a propósito de no se sabe qué «rodillos», cualquier espectador atento a la cosa pública se apercibe de una cierta «perplejidad» de los socialistas ante el ejercicio del poder. Por debajo de la unidad política conseguida dentro del PSOE, indispensable para poner en pie cualquier proyecto con la necesaria eficacia, se constata una «lectura» crítica sobre la práctica política que desde el Gobierno se realiza.

En palabras más llanas, la pregunta que se realiza es simple: «¿Es esto lo que hay que hacer?». La respuesta, desde el Gobierno, consiste en señalar: Es esto lo que se puede hacer.

En definitiva, hay dos cuestiones latentes en la pregunta y en la respuesta. La primera cuestión trata sobre si realmente estamos en lo cierto o si, por el contrario, actuamos no bajo la intención de mentir sino con el comportamiento que Sartre definió como *de mala fe*. El segundo interrogante hace referencia a la posibilidad ¿qué es lo posible? Evidentemente, lo que se hace es posible, caso contrario no se haría, pero, ¿no hay otras acciones significativamente distintas e igualmente posibles?

Van ustedes a permitir que me detenga ante estas dos cuestiones, ante estas dos dudas, que aquejan seguramente a muchos socialistas. En primer lugar, *la mala fe*. Aclaremos que, siguiendo a Sartre, *mala fe* y *mentira* son cosas bien diferentes. Cito textualmente: «A menudo se asi-

**Por debajo de la unidad política conseguida dentro del PSOE se constata una «lectura» crítica sobre la práctica política que desde el Gobierno se realiza.**

mila *mala fe* con mentira. Se dice indiferentemente a una persona que da pruebas de *mala fe* o que se miente a sí misma. Aceptaremos que la *mala fe* es mentirse a

sí mismo, pero distingamos, inmediatamente, el mentirse a sí mismo de la mentira a secas». «Para quien practica la *mala fe* se trata de enmascarar una verdad desagradable o de presentar un error agradable.»

Evidentemente, Sartre hace referencia aquí a la conciencia individual, pero es perfectamente legítimo el traslado sobre la conciencia colectiva, por ejemplo, de un partido político, quitándole al concepto, eso sí, toda componente moral.

Sigamos con Sartre. Voy a tomar literalmente de él un ejemplo que puede ser esclarecedor de lo que algunos puedan pensar es *mala fe*. «He aquí, por ejemplo, una mujer que ha acudido a su primera cita. Sabe muy bien las intenciones que el hombre que le habla abriga respecto a ella. Sabe también que, tarde o temprano, deberá tomar una decisión. Pero no quiere sentir la urgencia de ello: se atiene sólo a lo que ofrece de respetuoso y de discreto la actitud de su pareja, pero ella sabe lo que desea: es profundamente sensible al deseo que inspira, pero el deseo liso y llano la humillaría y le causaría horror. He aquí que él le coge la mano. Este acto de su interlocutor corre el riesgo de cambiar la situación provocando una decisión inmediata. Se trata de retrasar lo más posible el instante de la decisión. Sabido es lo que se produce en ella: la joven abandona su mano pero *no lo percibe*. Se ha cumplido el divorcio del cuerpo y del alma: la mano reposa inerte entre las manos cálidas de su pareja; ni consentidora ni resistente: otra cosa». «Diremos —concluye Sartre— que esta mujer es de *mala fe*.»

Esta larga cita puede sustituir con ventaja literaria a la descripción del «abrazo aristocrático» que denunció en su tiempo

Larski refiriéndose al Gobierno laborista.

En política un partido o un gobierno siempre corren el riesgo de no llegar o de pasarse. Es difícil detectar cuándo ha ocurrido eso, pero se comprende que haya gente en la izquierda, fuera y dentro del PSOE, para quienes el Partido Socialista puede estar representado por esa mujer del relato sartriano que se deja tomar la mano por un galán, en forma de empresario, arrullada por el «realismo» del ambiente.

La segunda cuestión que se plantea en el diálogo anterior entre *lo que es preciso hacer* y *lo que se puede hacer* se refiere a la *posibilidad*. ¿Cómo se define *lo posible*?

En esa discusión quien está en el poder parte con ventaja, pues la *política real* es, obviamente, una *política posible*. Además Hegel ya había dicho que *lo real es racional*. Por otro lado, la historia no admite la metodología del laboratorio, en la historia no hay «*prueba y error*». Lo sucedido y lo que sucede no es sustituible. Ocurre y basta.

La discusión filosóficamente no es muy nueva, ya los marxistas arremetieron contra Hegel aun admitiendo su influencia, pero quienes más se han opuesto al concepto hegeliano de «posibilidad» (como un momento superado por la «realidad») han sido los existencialistas, siguiendo en ello a Kierkegaard, quien había dejado escrito:

«Si yo fuera, aún, capaz de desear algo [para mí, ello no sería ni las riquezas ni el poder sino la pasión de la posibilidad, ese ojo eternamente joven y ardiente que por todos lados ve posibilidades.»

Si lo real es racional y lo racional es todo y sólo aquello que se realiza, la posibilidad no tiene cabida en sentido *prospectivo* o de futuro. Cuando se sabe qué es lo

**La idea de la igualdad en la libertad sigue siendo la idea-fuerza del socialismo.**

real y lo reconstruimos racionalmente llegamos a la «*profunda conclusión*» de que lo real era posible. Más de una clase de «realismo político» propende a este tipo de reflexiones tautológicas.

El choque con *la realidad* es siempre el reencuentro con el *sentido común*. Por eso conviene recordar, a quienes tienen la cercanía de la «realidad política», es decir, a quienes tienen el poder político, que el «sentido común» que la realidad se empecina en insuflar en la acción de gobierno puede estar muy alejado no sólo de lo deseable sino también de lo razonable y de lo posible.

El socialismo se caracteriza de progresista, y ello no debe ser olvidado, porque parte de una convicción: los hombres son quienes hacen la historia, es decir, pueden torcer el curso de los acontecimientos. El «realismo», llevado a sus extremos más pragmáticos, acaba por negar esa convicción para convertirse en una suerte de impotencia o de resignación ante los hechos. Venerar lo existente ha sido patrimonio tradicional de la derecha.

Que existan dudas sobre la acción del Gobierno y que se manifiesten no sólo es legítimo, es también necesario, pero ello no debe hacer pensar que ideas y objetivos no estén claros.

En un mundo inmerso dentro de una crisis económica profunda, lo fácil es predicar la desigualdad, la diferencia, en definitiva el «sálvese quien pueda»; y a ello se aplica, con singular énfasis, una derecha universal que ha redescubierto los beneficios sociales que los egoísmos privados provocan inexorablemente no se sabe muy bien a través de qué extraños mecanismos.

Sin embargo, y pese a ser más difícil repartir sin crecimiento económico, esta idea de la igualdad en la libertad sigue siendo la *idea-fuerza* del socialismo. So-

bre esa idea descansa una concepción del Estado como instrumento coercitivo en favor de la solidaridad, es decir, contra la desigualdad. Sobre esta idea descansa también toda una estrategia no sólo para convivir en la crisis, sino también para salir de ella.

El mercado, que es un elemento relativamente válido para asignar ciertos recursos, no aseguró nunca la propia supervivencia de la especie. La existencia de mecanismos no mercantiles, llamados en general «beneficencia», no fue antaño capricho de las distintas iglesias o fruto de la bondad de los poderosos, sino que representaron una necesidad para la supervivencia sin la cual la sociedad, dejada al albur de la «mano invisible» del mercado, hubiera quizá desaparecido físicamente.

Nadie parece negar que, hoy en día, es el Estado quien ha sustituido los mecanismos de la «beneficencia», pero para el socialismo el Estado debe ir más allá. No se trata de predicar el intervencionismo en todos los aspectos de la vida privada, sino que se asegure una, cada vez más, real igualdad de oportunidades y se impida las desigualdades. No es por casualidad que haya dos políticas cuya discusión está especialmente cargada de emotividad y no sólo en España. Una es la política educativa, otra la política sanitaria.

No voy a entrar aquí en el comentario de esta Ley o aquélla, simplemente voy a señalar algunos principios que desde una óptica de izquierdas me parecen sustanciales.

Si se enuncia que todos los ciudadanos tienen derecho a la educación se está simplemente ante un artículo de nuestra Constitución, pero para un socialista el enunciado va más allá: *Todos tienen derecho a la misma educación*, quiere esto decir que el Estado debe *impedir* activamente que por la vía de la educación se gene-

ren desigualdades difícilmente salvables posteriormente.

El derecho a la educación, para un socialista, se enuncia no desde la óptica de los mínimos para todos, sino desde «la posibilidad de máximos». O, dicho de otra forma, el objetivo a conseguir es que ningún condicionamiento económico y social impida acceder a cualquiera hasta los más altos niveles educativos o, en general, de formación.

No se trata de uniformar ni mentes ni cuerpos, todo lo contrario. En este sentido, el «Informe del Colegio de Francia», recientemente comentado en la prensa, coincide profundamente con el pensamiento de la izquierda. Una educación para la libertad no pretende uniformar nada; pretende, eso sí, un discurso educativo antijerárquico, lo cual puede no gustar a todo el mundo y, especialmente, como es lógico, a las jerarquías.

Si se dice que todos los ciudadanos tienen derecho a que se les proteja la salud no por ello se está asegurando

que todos tienen los mismos derechos respecto a la salud. Hay algo que repugna a la mente y es la existencia de diferencias, en función del dinero, frente a la enfermedad y frente a la muerte. Si en el caso de la educación un sistema mixto público/privado podría asegurar bajo ciertas condiciones la igualdad de oportunidades, en el caso de la sanidad el sistema mixto es generador, simple y llanamente, de privilegios. No se trata de negar el derecho del enfermo para escoger *médico* se trata de afirmar el derecho a un trato igual en la enfermedad y ello no se consigue con el sistema mixto.

No se trata, con lo dicho, de reclamar posiciones más radicales de este Gobierno ante los problemas educativos o sanitarios; se trata, por el contrario, de señalar las diferencias que en estos dos concretos asuntos separan, en cuanto a objetivos, a la derecha y a la izquierda.

---

**Repartir lo escaso  
para poder convivir podría  
resumir la posición  
de la izquierda  
ante la crisis.**

---

La concepción que el socialismo tiene del Estado, como ya he dicho, implica la coerción, pero sobre todo conlleva el concepto de servicio público. Mucha parte

del discurso conservador antiestatalista se basa en un axioma: el Estado es un pésimo gestor. Ocurre a veces que ello es cierto, pero se me escapan las razones metafísicas que puedan hacer veraz la afirmación universalmente. El pensamiento socialista no es, ni ha sido nunca, especialmente estatalista, pero el papel que el socialismo asigna al Estado exige de éste un funcionamiento correcto sin el cual difícilmente puede asumir el papel de servicio público, papel que consiste precisamente en «servir al público» y no en cosa distinta. Ello exige, en el caso español, una profunda y desgraciadamente lenta transformación del Estado. Quien piense que tal meta se conseguirá mediante una simple o compleja norma legal se equivoca radicalmente.

Pese a las dificultades debidas al escaso crecimiento económico, o quizá más aún, debido a ello, el concepto de igualdad se une al de *reparto*. Repartir lo escaso para poder convivir podría resumir la posición de la izquierda ante la crisis; sin embargo, ese reparto plantea dificultades serias.

Para empezar, repartir el trabajo escaso no es cosa fácil, los condicionantes son de sobra conocidos: Seguridad Social, que representa un cierto «impuesto sobre el empleo», competitividad internacional, sistema salarial, etc. Sin embargo, sigue siendo una idea de cuya viabilidad puede depender la solución, y no sólo del paro, sino de algunas cosas más.

Pensemos que la obsolescencia de las máquinas en el momento actual depende en menor medida del uso de las mismas que del tiempo. Cualquier máquina tiene grandes probabilidades de «envejecer» técnicamente antes de verse deteriorada por el uso. Lo razonable sería usar las máquinas más intensivamente cuanto mayor sea

---

**En España hay, en este momento, más de quince millones de ciudadanos que sólo han vivido en la crisis.**

---

la velocidad de su obsolescencia técnica. Tal solución implicaría un sistema de turnos que, de generalizarse, haría cambiar el modo urbano de vida. Tal planteamiento puede parecer utópico pero, seguramente, las cosas irán en esa dirección.

miento puede parecer utópico pero, seguramente, las cosas irán en esa dirección.

Una máquina usada en tres o cuatro turnos diarios se desgasta físicamente tres o cuatro veces más rápido. Se consigue con ello una adecuación en el ritmo de las dos obsolescencias: la física y la técnica. Ese equilibrio es el ideal pues se evita el despilfarro que significa tener que «tirar» máquinas aún en perfecto uso por exigencias de las nuevas técnicas que se introducen a un elevado ritmo.

Evidentemente ello sería factible cambiando en buena parte los usos de la vida cotidiana. Los países que primero encaminen sus pasos en esa dirección conseguirán, sin duda, ventajas comparativas nada desdeñables. No se debe ocultar que detrás subyace un problema de demanda, pero, el hoy maltratado, Keynes dejó escritas algunas páginas razonables al respecto.

Las nuevas tecnologías no van a hacernos felices de la noche a la mañana, ni siquiera van a transformar radicalmente los conflictos en la sociedad, pero sí deben permitirnos tener más tiempo libre. Esa batalla del tiempo libre también se puede perder. Si las conciencias no están alerta el tiempo libre puede convertirse en el menos libre de los tiempos, tal es la capacidad de manipulación que los medios audiovisuales tienen; ese tiempo que se gane al trabajo puede convertirse en un tiempo tan alienado o más que el otro. La capacidad de sociabilidad puede ser también convertida en ese aislamiento que la mirada perdida en la ventana del televisor representa. Recuperar la calle como lugar de encuentro y diversión puede ser un buen antídoto contra la uniformización

de las conciencias, la «galaxia Gutenberg» seguirá jugando en esta dirección, a no dudarlo, un papel mucho más importante que aquel que le asignó el profeta Mc Luhan.

En España hay en este momento más de quince millones de ciudadanos que sólo han vivido en la crisis. Es este el problema mayor con el que se enfrenta nuestra sociedad: la juventud recibe y soporta machaconamente el mensaje del pesimismo. La solución quizá no está a la vuelta de la esquina, pero hay dos discursos que será preciso combatir: uno es el ya citado del pesimismo, un tanto senequista, que nos habla permanentemente de los inevitables males de la Patria; el otro es el discurso de la «competitividad». Según este último todo lo arreglaría la competencia entre las gentes. La repetida imagen de un Carl Lewis corriendo más rápido o saltando más lejos nos llevará, mediante el sano darwinismo social, donde sobrevivirán los más aptos, hacia un mañana espléndido lleno

de promesas cumplidas. Nada más falso ni más viejo. En un mundo profundamente dividido, pendiente una amenaza nuclear permanente, con millones de mujeres y hombres malviviendo, con unas diferencias entre países y clases que, en términos mundiales, no han decrecido en los últimos quince años, parece llegado el momento de la reflexión colectiva sobre el futuro. Un futuro donde la paz ha de imponerse, por primera vez en la historia, como necesidad para la supervivencia de una especie que tiene en su mano la capacidad de destruir el planeta.

Me permitirán que termine expresando mi particular punto de vista: más o menos pronto tendremos que elegir colectivamente entre la solidaridad y la libertad, como modelo de convivencia, o la barbarie. La elección no es dudosa.

---

Texto de la conferencia pronunciada por Joaquín Leguina en el Club Siglo XXI. Madrid, abril de 1985.